1° de Mayo: Contra los festejos burgueses: ¡Retomemos el combate de clase! ¡¡Frente al reformismo y el sindicalismo, afirmemos la ruptura proletaria!!



Recordamos este día; **no** como un día donde nos dicen que hay algo que celebrar: "el trabajo".

Recordamos este día como lo fue desde sus inicios: un día de lucha y agitación contra la explotación, un día de refriegas callejeras, de sabotajes, tomas y propaganda.

Hoy después de tantos años de olvido y de grandes intentos de los sindicatos y gobiernos por implantarnos la "celebración al trabajo", es necesario retomar las banderas que le dieron sentido a esta fecha: el **cuestionamiento a este mundo de miseria y muerte**, llevando a cabo acciones que demuestren nuestra autonomía y fuerza como clase en lucha contra nuestra explotación y dominación.

Es por eso que hacemos este llamado: al abandono de las embotadas celebraciones, las procesiones sin sentido y las fiestas dirigidas por nuestros enemigos. Exhortando a la acción autónoma por fuera del borreguismo y la fiesta, que sólo perpetúan nuestra condición de esclavos asalariados.

¡Hoy 1° de Mayo no tenemos nada que celebrar!
¡Hoy (como siempre) es un día más para LUCHAR!



Otro primero de mayo nos encuentra conmemorando la lucha de aquellos trabajadores de Chicago que en 1886 dejaron sus vidas por lo que creían urgente y necesario: la lucha contra la explotación del Capital.

Hoy, aún sentimos esa urgencia y esa necesidad de luchar contra lo que nos oprime y explota día tras día desde hace siglos, de luchar por destruir completamente de una vez y para siempre este sistema que produce valor a costa de nuestras vidas y nuestra humanidad.

¿Por qué creemos indispensable que en este primero de mayo nuestra lucha se afirme en su carácter internacionalista, anticapitalista y revolucionario?

Como proletarios sabemos que no tenemos patria, que lo único que nos puede hacer fuertes para vencer a nuestro enemigo es reconocernos como clase antagónica al Capital, una sola clase de explotados en todo el mundo que padecemos la misma miseria: la desposesión de todo, menos de nuestra fuerza de trabajo. Pero que, como clase, también tenemos la posibilidad de destruirlo todo porque somos los únicos reproductores de esta sociedad, y porque no tenemos nada que perder.

Además de la falsa oposición patriótica, nacionalista, antiimperialista –que nos hace perder de vista que en cualquier lugar del mundo hay, como aquí, explotados y explotadores, y que esa es la verdadera línea divisoria de intereses– el capitalismo se nutre de otras tantas falsas contraposiciones. Así, los burgueses y todos los defensores de este sistema nos quieren convencer de que la culpa de que vivamos para la mierda la tiene el gobernante corrupto, la empresa extranjera que contamina y se lleva las ganancias a otra parte, la forma de distribuir las ganancias o la producción, la autoridad, los excesos del sistema, y un largo etcétera.

Los políticos de todos los colores nos venden estas parcialidades asegurando que tal o cual aspecto puede ser mejorado, reformado o eliminado, con tal de que no desconfiemos de que este es el mejor de los mundos, con tal de que sigamos votando y trabajando. Lo que no quieren que veamos es que el capitalismo es inseparable de todas las injusticias, las corrupciones, las contaminaciones y de todos los excesos; el capitalismo es un todo y sólo funciona gracias a cada uno de esos repugnantes aspectos. Por eso, para lograr cambiar de raíz esta realidad es necesario, justamente, destruir la raíz

de nuestro problema, destruir el capitalismo en su totalidad y, por tanto, todo lo que éste implica: desde el Estado hasta el trabajo asalariado, el valor, el mercado, la forma de producir y de relacionarnos entre nosotros y con la naturaleza, la ciencia, la democracia, la política... Destruirlo todo, hacer estallar por los aires cada una de las separaciones que mantienen esta miseria de vida, tanto materiales como espirituales.

«La revolución radical no es un sueño utópico. Tampoco lo es la emancipación humana en general. Sí lo es una revolución parcial, política, que deja intactos los pilares de la casa» decía Karl Marx.

Cuando hablamos de revolución hablamos precisamente de la lucha como clase por destruirlo todo, por arrasar con esta sociedad, porque en esa misma lucha germinen las condiciones para una nueva vida, una vida realmente humana, una vida en comunismo y anarquía.

Boletín La Oveja Negra nro. 27



PROLETARIO: ¡EL TRABAJO NO TE DIGNIFICA, TE ESCLAVIZA!
1° DE MAYO: ¡NADA QUE CELEBRAR!
¡ABAJO LA ESCLAVITUD ASALARIADA!

Cuando trabajamos, no nos alcanza el dinero ni el tiempo para satisfacer realmente nuestras necesidades humanas, para vivir de verdad. Y cuando estamos desempleados, tenemos tiempo pero casi nada de dinero para sobrevivir. *Con o sin trabajo, estamos jodidos: en el capitalismo –o sea, en la democracia- somos libres e iguales para ser explotados o para reventar de hambre, debido a la propiedad privada y al carácter mercantil de todo.*

La jornada laboral es el tiempo en el que trabajamos para enriquecer a otros, no es un tiempo de vida para nosotros. *"El trabajo mata, el trabajo paga...el tiempo pagado no se recupera nunca más"*, porque no nos pertenece. Y el "tiempo libre" o de "ocio" en realidad es el tiempo en el que recuperamos energías para seguir trabajando, para que nos sigan explotando. Con o sin trabajo, **somos explotados, somos esclavos asalariados, ciudadanizados,** enajenados con cualquier mercancía y cualquier ideología. *Proletario: tu vida es una mierda... y lo sabes.*

Pero, en medio de esta mierda, no todo está perdido. Necesitamos y despreciamos el trabajo al mismo tiempo. Somos la clase que vive del trabajo pero que también resiste y lucha contra él. En medio del individualismo y el conformismo, también tenemos prácticas de solidaridad y antagonismo de clase. *Somos la contradicción viviente que sólo luchando por reapropiarnos de nuestras vidas destruirá este sistema que nos las roba y nos mata. Luchando como clase revolucionaria contra nuestra propia condición de clase explotada y dominada hasta abolirla.*

La burguesía, el empresariado o la patronal es la clase de nuestros explotadores. El Estado no es neutral, es de ellos y para ellos. **"Estado y patrón: ¡el mismo ladrón!"** Por eso reprime la protesta proletaria. Incluso teniendo administradores de izquierda. Entonces, **el gobierno y los sindicatos también son nuestros enemigos**, *porque su función es dirigir y gestionar la explotación y el control de nuestra fuerza de trabajo colectiva en nombre del "progreso", la "patria" y el "trabajo digno", ¡como si nuestra explotación fuera digna! ¡Malditos h"#$%&/()=!*

Las medidas de austeridad que hoy aplica el gobierno de Correa son un ataque del Capital en crisis contra nuestra clase para empeorar nuestras condiciones de existencia -de por sí ya precarias-, y así "salvaguardar" a su clase: la clase capitalista. Mientras que *las reformas que piden tanto la derecha como la izquierda no mejorarán ni eliminarán tales condiciones*, además que su función es *representarnos para mantenernos dominados y explotados*. Por eso la pugna política entre gobierno y oposición es inter-capitalista; **¡derecha e izquierda: la misma mierda!**

Proletarios/as: somos nosotros los que producimos y hacemos funcionar todo en esta inhumana y absurda sociedad del Capital. Por lo tanto, *todo debería pertenecernos para poder satisfacer nuestras necesidades* y ya no las

ganancias de los capitalistas. *Si para ese fin nosotros decidiésemos dejar de trabajar y más bien tomarlo y transformarlo todo, ellos dejarían de tener todo lo que tienen a costa y en contra nuestra.* Asimismo, sin desempleo no existiría mercado laboral ni "empleo" asalariado ni capital o "riqueza". Sin desempleo no habría capitalismo y viceversa. Por lo tanto, **para acabar con el desempleo y la pobreza hay que acabar con el trabajo asalariado.**

Para ello sólo la Lucha o **Acción Directa** es el camino, es decir sólo la *lucha directa contra la explotación directa*, así como el *combate directo contra la represión directa*. La **lucha sin intermediarios** de cualquier "línea política" e ideología: *afuera y en contra* de sindicatos, partidos, frentes, ongs, iglesias, etc. La lucha por *nuestras propias reivindicaciones de clase* con *nuestras propias asociaciones de clase*, a fin de **defender y luego imponer nuestras necesidades humanas sobre las del Capital**. *La lucha proletaria autónoma, radical y violenta para resistir, atacar y destruir el trabajo, la propiedad privada, la mercancía, el valor, la burguesía, los políticos, los sindicalistas, la prensa, la policía, las leyes, las clases, los Estados, las patrias, las guerras y las religiones... todo.*

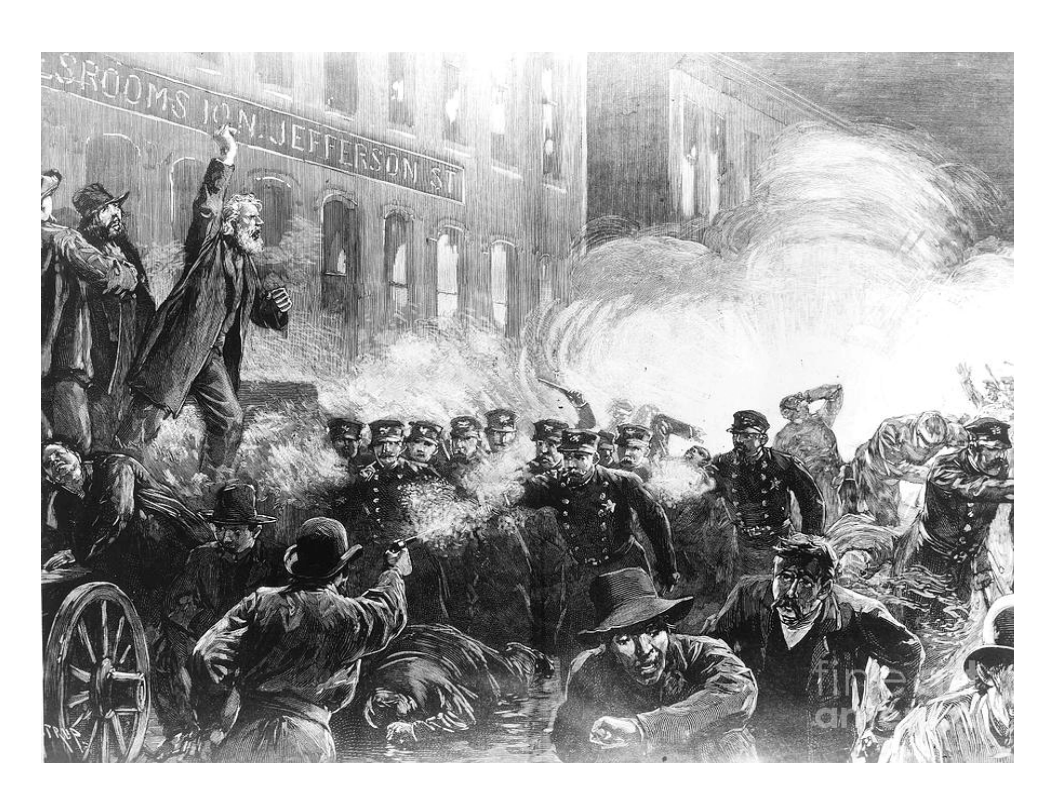
Y el 1° de Mayo también tenemos la memoria como arma, ya que *no se "celebra" el "día del trabajo" ni el "día del trabajador"*. Todo lo contrario: **fue una sangrienta jornada de lucha proletaria contra la explotación asalariada y su guardián, el Estado. Una histórica lucha clasista, anticapitalista e internacionalista.** Por eso, proletarios/as: *recordemos esta fecha luchando* contra la esclavitud asalariada y el terror estatal, así como contra las derechas y las izquierdas del capital, aquí y en todas partes. Peleando por la revolución social y mundial.

¡NO QUEREMOS AUSTERIDAD NI MIGAJAS: LO QUEREMOS TODO!
¡LUCHA ORGANIZADA SIN INTERMEDIARIOS SINDICALES NI POLÍTICOS!
¡NINGÚN SACRIFICIO POR EL BIEN DE LA ECONOMÍA NACIONAL!
¡SI ESTÁ EN CRISIS, QUE REVIENTE!
¡CONTRA EL TERRORISMO PATRONAL Y ESTATAL,
VIOLENCIA PROLETARIA!
¡A LA HUELGA GENERAL Y SALVAJE!
¡A ENCENDER Y EXTENDER LA REVUELTA MUNDIAL!

Grupo de Desempleados Cabreados (Región Ecuatoriana)

Desprecio e ironía, serán los resultados a los que el proletariado tendrá que atenerse si, gracias a las elecciones, peticiones u otras estúpidas tentativas similares, pretende imponer el respeto a su enemigo jurado. [...] ¡Qué finalmente la paciencia lo abandone! ¡El pueblo se enfrentará y aplastará a sus enemigos! La revolución proletaria, la guerra del pobre contra el rico, es el único camino que conduce de la opresión a la liberación.

Johann Most



1 de Mayo; Más de 100 años después

En los albores de la revolución industrial (es decir no hace mucho tiempo atrás), entusiasmados por el desarrollo tecnológico y las oportunidades que este ofrecía al modo de producción que se gestaba a la par, la burguesía cometió el "afortunado" error de concentrar a toda la fuerza de trabajo en un mismo espacio: la fábrica. Esta decisión estratégica, orientada por la ética de la acumulación capitalista y organizada políticamente por medio del Estado, no tardaría más que unas pocas décadas en producir el efecto completamente opuesto, es decir, *dar lugar* al desarrollo de la conciencia de la clase explotada por ese modo de producción.

Aunque el proletariado en tanto clase no nació en ese momento, si podemos decir que ahí tomo cuerpo y se volvió consciente. Lxs obrerxs, que en su mayoría venían del campo, se tenían que encontrar forzosamente todos los días en esas catedrales de la producción y trabajar en condiciones miserables durante jornadas ridículamente extensas solo para volver a casas donde vivían incluso más hacinados y comer lo que se pudiera (en la escuela a eso lo llaman la "cuestión social"). En su tiempo libre, algunos tenían la suerte de poder comprar una que otra mercancía que hiciera la vida más llevadera. Un canto popular de la época denunciaba "pusiste nuestras casas, al lado de tus fábricas, y nos vendes lo que nosotros mismos producimos". Una síntesis bien acertada del proyecto con que la economía política revolucionó al mundo.

Hacia 1886, este grupo humano que se había reconocido a sí mismo no solo como una clase más si no que como *la clase* (desposeída de medios para producir la vida y explotada por otra clase que si los poseía), ya estaba lo suficientemente organizado como para oponerse físicamente al flujo continuo de las mercancías que el Capital/Estado produce y acumula para sí mismo. Las huelgas eran masivas y generales, buscaban subvertir y destruir por completo la estructura social y económica que mantenía la sociedad dividida en clases. La burguesía se encontró entre la espada y la pared y, ante el eventual escenario de perder su hegemonía, no le quedó otra que transar (¡es ahí justamente cuando nace la Social Democracia!).

No es casualidad que nuestra época haya olvidado que tuvieron que morir miles de personas y tuvieron que ser fusilados –legalmente– *los Mártires de Chicago* para que hoy algunos puedan tener una jornada laboral de 8 horas. La historia, para la burguesía, se trata justamente de ocultar esos eventos e integrarlos como iniciativas de la clase dirigente (ahí de nuevo la Social Democracia de los llamados "Partidos Comunistas", el Sindicalismo y demás agentes mediadores tuvo un rol esencial).

La revuelta mundial por la emancipación política, económica, social y espiritual de la humanidad que inició el proletariado hacia la segunda mitad del siglo XIX fue contenida con gran astucia por el Estado y el Capital. Por medio de una serie de operaciones cuidadosamente informadas y calculadas por las ciencias sociales, naturales y físicas (sociología, economía, derecho, química, biología, geografía, psicologia, pedagogía, criminología, urbanismo, estudios culturales, teoría de las subculturas, marxismos de manual, posmodernismo, etc., etc.), **la clase dirigente se propuso contener la insurrección que ella misma había creado.** El reto consistía en poner en orden los medios de producción que habían explotado de manera descontrolada. Aunque el negocio era rentable en su momento, era imposible consolidarlo si la mano de obra misma estaba parando las máquinas (los Ludditas fueron más allá y reaccionaron prendiendo fuego a todo aquello que significara someter y reducir su vínculo con lo que producían, alienarlos). En otras palabras, el objetivo era desintegrar el vínculo social que mantenía a los explotados unidos.

La división social del trabajo progresó violenta y vertiginosamente durante esos años que siguieron. El fordismo, el taylorismo y el urbanismo (todas formas científicas de la ideología dominante) son algunas de las prácticas que impulsaron esa arremetida de la burguesía contra la comunidad humana. Las fábricas se automatizaron y volvieron prescindibles a los humanos; **el trabajo se volvió una ciencia que buscaba controlar casi religiosamente el tiempo; la ciudad se transformó en una máquina más, con cada parte cuidadosamente diseñada para garantizar el desencuentro entre sus habitantes.**

Hoy, más de 100 años después y no sin varios intentos de asalto a la cultura dominante por parte del proletariado (1917, 1936, 1968), es necesario reconocer que el proyecto de desintegración social rindió

frutos. Aunque las condiciones no han cambiado en lo sustancial (trabajo alienado, viviendas hacinadas, etc.), **pareciera que la miseria material que organiza el capitalismo hubiera quedado *confortablemente adormecida* por la miseria espiritual de la vida cotidiana moderna.** Y bajo estas densas capas de ideología la relación social que estructura nuestra sociedad (es decir, que la mayoría vende su fuerza de trabajo a unos pocos que acumulan los productos de ese trabajo), **sigue siendo la misma.**

Pero el proletariado ya no se reconoce como clase más que por medio de escasos núcleos de resistencia esparcidos en distintos frentes. El capitán, mientras mueve el timón como él quiere y a donde quiere, sigue preguntando a los marineros que reman desorientados y cansados si *"no estamos todos en el mismo bote".* Esa es la prerrogativa de la clase dominante para seguir conduciéndonos al abismo.

Hoy, al igual que hace 150 años, fábricas más fábricas menos, **el espacio donde transcurre nuestra vida cotidiana, económicamente administrado por el Capital, socialmente dominado por la burguesía y políticamente gobernado por el Estado, tiene una sola función: garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo de tal manera que las relaciones de producción se conserven al mismo tiempo que impidan cualquier posibilidad de reconocer en el otro alguien igualmente explotado.**

He ahí la verdadera cara, por un lado, del progresivismo social, la "cultura verde", el desarrollo sustentable, la pirotecnia de la industria cultural, la idealización de lo artesanal y local, etc.; crear estilos de vida que mantengan a lxs trabajadorxs sanos, entretenidos y aparentemente liberados (legalización de la marihuana, matrimonio gay, etc.). Y por otro lado, de la flexibilidad laboral, el derecho laboral, los partidos (anti)comunistas, los sindicatos/mafias, y todo el aparataje político reformista que contiene el impulso revolucionario; **evitar que se desarrolle cualquier forma autónoma del proletariado como clase bajo la excusa de que no pueden haber "revoluciones prematuras".** Frente a ese maniqueísmo reaccionario Rosa Luxemburgo opuso 100 años atrás un sentido común dialéctico y revolucionario, denunciando que la oposición a una actuación "prematura" del proletariado, ***"la propuesta revisionista de abandonar el fin último del movimiento socialista, no es más que una recomendación a abandonar el movimiento socialista mismo".***

Hoy, al igual que en 1886, la sociedad se estructura en clases y progresa mediante la explotación del ser humano sobre otros humanos y el planeta entero.

Hoy, al igual que en 1886, la consigna del proletariado debe ser la misma:

¡Revolución hasta el fin!

Extraído de la publicación
***ANTICAPITAL* #1 (Región chilena)**

1° de Mayo: Contra los festejos burgueses: ¡Retomemos el combate de clase! ¡¡Frente al reformismo y el sindicalismo, afirmemos la ruptura proletaria!!

Mientras la burguesía sigue alardeando de su perfección democrática y mostrándonos su sistema de miseria como el último bastión posible de la humanidad; quienes durante todo este periodo histórico nos han dicho y enseñado que lo que debemos hacer frente a esta sociedad miserable es buscar mejoras dentro de ella persisten con la cantaleta de siempre. **Nos hablan de mejorar nuestra posición en su escala social, de buscar formas democráticas donde participar y "decidir", de repartir las riquezas, de cubrir las grietas que los antagonismos de clase muestran evidentes, conservando en el fondo, todo aquello que permite mantener el funcionamiento de los engranajes del capital**; sacrificar toda nuestra vida para garantizar la continuidad del orden existente. Se nos dice abiertamente que lo mejor a lo que podemos aspirar es a esto: un mundo en constante crisis sobre el cual debemos mantenernos en un nivel competitivo, de dominación, de incesante producción y destrucción, reclamando con sus llantos y discursos baratos que lo que nos hace falta a los proletarios son las oportunidades para poder insertarnos de manera efectiva dentro de este círculo desastroso. **Estas son las victorias a las cuales se invita al "pueblo" a defender, esa es la vida que los charlatanes de las ideologías que hablan en nombre de nuestra clase nos presentan como "digna"**, algunos reconociéndolo abiertamente, otros encubriéndolo bajo su discurso seudorevolucionario donde toda reforma son "pequeñas conquistas" que nos llevarán a la victoria final ¡como si estas mejoras fueran capital que se acumula para cimentar la construcción del ilusorio "poder popular"!

Y aunque se nos intente hacer creer lo contrario, son cada vez peores las condiciones sociales del mundo capitalista, cada vez más destructivas sus consecuencias. Tras siglos de reformas y mejoras sociales, de progreso y *conquistas* por parte de los defensores de la democracia, **es cada vez más amplio el sector que se encuentra enfrentado al desarrollo incontrolable de este progreso y a su cada vez más catastrófica destrucción de la vida y el planeta en general: la población que se ve enfrentada a la proletarización total del mundo y su consecuente devastación en el planeta se extiende por todas partes sin dejar respiro alguno.**

El progreso del capital requiere que sea el proletariado (¡y el planeta en su totalidad!) quien pague las consecuencias del modo de vida que sustenta. El desarrollo de la competencia capitalista llega tan lejos en su búsqueda de alimentar su sistema de miseria (búsqueda de combustible, minerales y mercancías en general) que cada vez son más paupérrimas las condiciones de quienes nos encontramos a merced del trabajo asalariado y las necesidades del mercado, siendo cada vez más destructiva para el planeta su imposición.

Aún nos sigan intentando calmar diciéndonos que se trata de una crisis específica y solucionable, o nos sigan engatusando con sus discursos acerca de ciertas potencias imperialistas que son culpables de todos los males habidos y por haber, la historia y el legado que nos han dejado los revolucionarios a lo largo de ésta, nos demuestran lo contrario: un sistema que basa la producción y por ende, la vida en general en torno a la tasa de ganancia, el lucro, la explotación, **no puede sino conducir al desastre**; la catástrofe del capitalismo que se extiende a ritmo cada vez más acelerado, el desastre de la sociedad burguesa y su incapacidad de resolver sus propias contradicciones, manifiestan de forma cada vez más clara la única respuesta posible, la que ha sido planteada desde sus albores: **revolución proletaria mundial o catástrofe; destrucción del Capital, el Estado y toda sociedad de clases o perecer.**

El desarrollo catastrófico de la dictadura del capital, del valor, viene a confirmar la fuerza motora que guarda el proletariado en su ser: **que al Capitalismo sólo queda oponerle su destrucción mediante la violencia de la comunidad humana, la revolución.** No hay forma de mejorar o humanizar la miseria bajo la vida del mundo burgués.

No existe forma alguna de gestionar mejor esta miseria, no existe forma de humanizar la explotación, la dominación, la violencia sistematizada que ejerce el capitalismo sobre el proletariado y el mundo entero. No existió ayer ni existirá nunca: **la historia nos ha demostrado que todas las supuestas "victorias" que nos invita a festejar la burguesía y la socialdemocracia, lo único que han logrado es acomodar esta realidad de explotación al punto de que por momentos casi no existe conciencia de ésta realidad; el único favor que le han hecho al proletariado estas reformas y la realidad difusa que producen es que nuestra clase siga atrapada en la nebulosa del falso bienestar**; que siga celebrando su condición ante la idea de un pasado peor y perdiendo la propia conciencia de la realidad que nos oprime, obstaculizando la fuerza que va adquiriendo nuestra clase a medida que va superando estas ilusiones.

Usen la verborrea que usen, todas estos canturreos son sólo parte de una misma mierda. Sean conscientes o no de esto, su aporte es siempre el mismo: **canalizar las reivindicaciones de los explotados hacia falsos objetivos, encuadrarlos en falsas comunidades, ocultar su unidad como clase revolucionaria, negar su capacidad de mandar la sociedad burguesa por los aires y su capacidad de decidir sobre su propia vida social.**

Hoy, cuando el proletariado poco a poco comienza a levantar cabeza y la contradicción vital entre las necesidades del Capitalismo y las de los proletarios se agudizan de tal manera que ya pocos pueden hacerse los desentendidos, es necesario afrontar esta realidad y hacer más fuerte la ruptura contra estas formas de destruir la fuerza de nuestra clase.

Las luchas incesantes en Egipto y el Medio Oriente, las revueltas y el movimiento radical en Grecia y Chile, el movimiento real que está al margen de los *Indignados* y sus llantos democráticos e individualistas, los proletarios

que en su actividad saben bien a quien atacar sin esperar excusa alguna, **nos dan muestra de que esta fuerza en potencia existe expresando su interés por reapropiarse del mundo que les corresponde, dejando en claro que el proletariado como movimiento de negación nunca murió**, pues sólo dejará de existir como clase con la total emancipación de la humanidad.

Lamentablemente estas luchas en ciernes también nos muestran cómo ante la falta de perspectivas y proyectualidad propios, ante la dificultad de reapropiarse de su propio programa, de autonomía de clase, persisten en el proletariado todavía muchísimas de las influencias del reformismo en el seno de sus luchas, perdiendo la fuerza de estas explosiones.

Todavía hoy pesan en nuestra clase los siglos de desviación y engaño por parte de la socialdemocracia: allí donde no cuelan las viejas ilusiones de que "toda la lucha de clases se resuelve en la toma o participación en el poder político, en el Estado, por parte de la élite a la cabeza del proletariado", se desvía la fuerza de la ruptura de nuestra clase (ante el descrédito de los aparatos partidistas y politiqueros) presentándonos falsos dilemas a resolver. **Las revueltas más recientes nos lo demuestran: mientras la fuerza del capital se reorganiza ante estos ataques del proletariado alrededor del mundo, los proletarios nos hemos encontrado desarmados y desorientados esforzándonos en poner a andar la maquina social, en querer autogestionar desde abajo un mundo que está hecho a medida de los de arriba.** La fuerza del reformismo socialdemócrata es y ha sido encandilar al proletariado con cualquier cosa menos con lo principal: la insurrección, la revolución, la destrucción del poder burgués.

Son precisamente en momentos como éste, cuando oportunistas y reformistas de todo color se reproducen como las cucarachas que son, cuando debemos afirmar con mucha más fuerza la autonomía del proletariado y su proyecto histórico. Si la principal debilidad de todas estas luchas sigue siendo su falta de ruptura con la ideología democrática, con el reformismo de siempre, o con la idea de *crear espacios de autonomía al margen del capital*, la lucha nos demuestra que **es la organización de la ruptura, de la lucha y de la negación donde el proletariado encuentra su fuerza y orienta su dirección.**

Es frente a todo esto que el proletariado tiene el deber de afirmar su programa de siempre, invariante; su verdadero proyecto histórico de negación, de destrucción, única forma de rehacer la vida y nuestra relación con ésta para gestar una comunidad humana mundial.

LA ESCLAVITUD ASALARIADA







ES IMPRESCINDIBLE PARA LA VALORIZACIÓN DEL CAPITAL

Amigos de Van der Lubbe

¡Nada que reformar, nada que "autogestionar"!
¡Lo único que podemos autogestionar es la destrucción total del Capitalismo y la dictadura del Valor!

Este 1° de Mayo reafirmemos nuestra unidad como clase, como explotados del mundo y apuntemos nuestros esfuerzos en una sola dirección:

¡Revolución proletaria mundial!
¡Abolición del Capital y del Estado!
¡Comunismo y Anarquía!

Proletarios Internacionalistas

EL TRABAJO NO DIGNIFICA

Mientras las mayorías festejan el «día del trabajador» o peor aún el «día del trabajo», algunos seguimos convencidos de la necesidad de librarnos de este. Es decir, de liberarnos de la forma que ha adquirido la actividad humana bajo el capitalismo. Esta forma, que no quiere ni podría garantizar las más mínimas necesidades, vuelve al hombre mercancía y lo obliga a relacionarse con el resto de las personas y las cosas a través de mercancías, persiguiendo no la satisfacción de las necesidades y deseos humanos, sino las necesidades del Capital.

No estamos diciendo nada nuevo. La crítica del trabajo, en actos como en palabras, es vieja como el trabajo mismo. Cuando expresamos todo esto, lo hacemos desde una visión global de la sociedad, porque son condiciones globales las que permiten este sistema de explotación, por más que cada uno lo experimente de manera particular con su patrón individual. Y esas condiciones globales son las de una sociedad separada en clases, en íntima relación con la propiedad privada y con un Estado guardián de las condiciones dominantes.

Es desde el Capital que se busca reforzar la idea de los hechos aislados sin aparente relación, y con ello la idea del individuo libre con posibilidades de ascender socialmente, haciéndonos trabajar más y más duro. Las respuestas más frecuentes a la crítica del trabajo parten, justamente, desde esas condiciones: «pero si yo trabajo sin patrón», «yo disfruto mi trabajo», «mi patrón es bueno y hace las cosas bien», «mi sindicato me defiende», «mi trabajo me permite ayudar a la gente», etc, etc.

La verdad es que se escapa del trabajo como de la peste, y pocos pueden ocultar la expresión de su cara a la salida del yugo. Excepto algunas excepciones donde la alienación social es tan fuerte que se prefiere el trabajo al resto de la poca vida que queda —situación también generada por este mundo basado en el trabajo— la realidad es la miseria en la que vivimos la mayoría de los proletarios del mundo, empleados o no. Miseria material, pero también moral, afectiva, social. La realidad son las terribles condiciones de trabajo, las tareas sumamente alienantes, asquerosas y repetitivas que nos vemos obligados a realizar. La realidad es que no decidimos que producir, ni disponemos de lo que producimos. Sean gigantescas empresas públicas o privadas, o pequeños productores, siempre se trata de unidades de producción aisladas, unidas únicamente por el intercambio mercantil, basándose en la obtención de la mayor ganancia posible.

Como vemos, el trabajo tiene un lugar central en la sociedad capitalista. Es central para el Capital porque de él depende su desarrollo, a la vez que es central para el proletariado porque de él depende nuestra supervivencia. He aquí donde surge todo el dilema en torno al trabajo. El Capital hará todo lo posible por defenderlo y el proletariado se encuentra acorralado: lo que le permite a duras penas sobrevivir niega a la vez su plenitud, niega una ver-

dadera actividad humana ligada a sus necesidades y las de los otros, niega la revolución, niega la comunidad humana.

La defensa más común del trabajo asalariado como la mejor forma alcanzada por el hombre de organizar la producción, es la exacerbación progresista de las «virtudes» del capitalismo moderno. Pero se oculta, por ignorancia o por conveniencia, que el supuesto bienestar de una porción de seres humanos existe a condición de que la gran mayoría no puede acceder ni a soñar con ese paraíso artificial que nos muestran como la meta de nuestras vidas. Países «desarrollados» que aún viven de sus colonias, tecnología de punta basada en el trabajo infantil y la muerte en el Congo, autos último modelo corriendo con combustible manchado con sangre, y otros preciosos ejemplos de la democracia occidental.

Mientras quieren convencernos de las virtudes del trabajo asalariado y que si trabajamos duro podremos disfrutarlas, parecieran olvidar las incesantes guerras, la contaminación, los accidentes laborales, los suicidios, los problemas psíquicos y físicos, la explotación infantil y un largo etcétera. Se dirá que todos estos son «detalles» a eliminar, sin embargo son parte constitutiva del mundo del trabajo asalariado, de su normalidad, y sin estos elementos no sería lo que es.



La defensa del trabajo no tiene fronteras ideológicas, sutil como el orgullo de ser trabajador o extrema como un campo de trabajo nazi o estalinista, se adapta, según sea más conveniente, a las necesidades de cada tiempo y lugar para mantener funcionando la maquinaria capitalista. «El corazón a Dios, las manos al trabajo» nos dirán los curas prometiendo salvación a cambio del sacrificio asalariado, «el trabajo dignifica» nos dirán los sindicalistas y políticos de izquierda a derecha apelando a la asquerosa moral burguesa. Que quienes viven de nuestro sudor

sean los portavoces del Capital no nos sorprende, pero que en muchos casos sean los mismos proletarios quienes lo defienden es lo que nos demuestra la debilidad de nuestra clase. Por eso insistimos que toda lucha que no busque criticar nuestro lugar como trabajadores contiene el peligro de defenderlo, siendo el sindicalismo uno de nuestros peores enemigos. Cuando nos dicen que nos atengamos a lo «que es posible conseguir ahora», que aceptemos «los acuerdos que logramos alcanzar», en realidad nos están diciendo que aceptemos la ideología dominante, que no vayamos a la raíz de nuestros problemas, que sigamos buscando parches.

En este sentido, desde los inicios de las luchas revolucionarias —que necesariamente debían llegar a posicionarse contra el trabajo asalariado— los políticos y sindicalistas se esforzaron por imponer a los proletarios más decididos el programa de las reformas, de canalizar las reivindicaciones obreras hacia las vías capitalistas, prometiendo una «revolución» basada en la suma de meras reformas y luchas parciales. Así, las instituciones siempre enemigas del proletariado comenzaron a ser «propias», surgiendo sindicatos denominados «clasistas» o «revolucionarios», gobiernos y estados «obreros» y demás trampas burguesas. Fracaso tras fracaso, cediendo cada vez más terreno, terminaron en vergonzosos politiqueos, apoyando crítica o acríticamente a los políticos y sindicatos más progresistas, implementando la receta democrática del mal menor. De una forma u otra, para explotadores y opresores, nunca es momento de enfrentar al trabajo, a los sindicatos, al Estado, a la propiedad privada... Luchando siempre contra los efectos, las reformas son meros paliativos que no curan la enfermedad capitalista ni llevan en su germen la cura de ninguna enfermedad.

Es necesario comprender entonces, que las consignas como «derecho al trabajo» o «pleno empleo» son reaccionarias y utópicas. Hay que comprender la exigencia de un empleo como la exigencia de la necesidad de alimentarnos, de vestirnos, de reproducirnos... pero reivindicar «trabajo para todos», en el seno del sistema capitalista, es hacer creer que eso es posible, es ilusionar con un absurdo y es negar el carácter catastrófico del capitalismo, su descontrol sobre el movimiento que él mismo engendra.

Por estas y tantas razones es necesario seguir afirmando la lucha contra el trabajo. Porque si el trabajo fuese algo bueno los ricos se lo hubiesen guardado para ellos y no pagarían para que lo hagamos.

¡Por un 1° de mayo internacionalista, anti-capitalista y revolucionario!
Sin partidos ni sindicatos: ¡Lucha de clases sin intermediarios!
¡Por una revolución que destruya el trabajo que nos reduce a simples mercancías!
¡Por el comunismo en anarquía, siempre!

Boletín La Oveja Negra ESPECIAL: 1° DE MAYO

¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL!

Hablar de REVOLUCIÓN fuerte y claro para poner en común la necesidad de enfrentar a la burguesía con otros deseos, otras necesidades. Más allá del gusto por la pronunciación de una bonita palabra, nuestros compañeros siempre lo han hecho y lo siguen haciendo.

Hoy, como ayer, no se trata de defender una misma idea de sociedad a la cual cada clase gestionaría de una manera distinta pero al fin y al cabo manteniéndola configurada tal como está. Hoy, como ayer, no se trata de dos ideologías enfrentadas en las que los seres humanos elegirían formar parte o no. Hoy, como ayer, hay dos proyectos sociales antagónicos: el de aumentar las ganancias a cualquier precio y el que aspira a una comunidad humana sin Estados y sin precios.

Este antagonismo se expresó con mayor fortaleza en las luchas del pasado, y es debido a las grandes limitaciones del presente que tenemos que retomar con más fuerza que nunca la perspectiva revolucionaria: llamar a las cosas por su nombre en tiempos donde reina la mentira y la confusión.

Pronunciarnos hoy por la destrucción de la propiedad privada, del Estado, del valor, del Capital y del trabajo asalariado sigue siendo considerado por muchos como un acto de inmadurez, cuando no directamente un acto de locura. Los reformistas de ayer prometían esa revolución a futuro, intentando conducir las luchas hacia objetivos más moderados. ¡Y si lo habrán logrado, que hoy ya no queda ni un poco de claridad respecto al significado de esa palabra, o directamente ya no necesitan ni pronunciarla!

A pesar de todo, con consignas más o menos claras o incluso sin ellas, los enfrentamientos al Estado y a la propiedad privada se desarrollan por doquier. Y cuando parece que se han terminado, reaparecen de inmediato en otra parte del mundo. Así se desarrollan gran parte de las expresiones de lucha que se vienen dando en las últimas décadas, las cuales no necesariamente expresan a través de las palabras la necesidad y la búsqueda de una ruptura revolucionaria.

Entonces nuestra tarea es doble: **reapropiarnos de las luchas revolucionarias del pasado así como defender e impulsar las expresiones de ruptura revolucionaria del presente**, contra todas las canalizaciones burguesas y contra todos aquellos que las critican por no estar su contenido radical expresado en textos y consignas.

Las diferentes posiciones revolucionarias que se expresan tanto en este como en otros textos surgen de la lucha, y si son puestas en palabras es por necesidad de combatir al enemigo, para luchar contra la ideología burguesa, empezando por la socialdemocracia que históricamente quiere hacernos creer que somos estúpidos para así imponernos su estúpida idea de revolución. Según ellos, el proletariado solo podría luchar por reformas, siendo ellos los encargados de aportar la conciencia “revolucionaria”. Así, nos invitan desde hace siglos a reformar este mundo, no sólo posponiendo la revolución, sino directamente negando su verdadero contenido. Los socialdemócratas de todo

color nos intentan borrar el horizonte de la revolución social para conducirnos al callejón sin salida de las reformas. Lo decimos una vez más: las reformas no conducen a la revolución, y la revolución no puede comprenderse nunca como una infinita suma de reformas. No se trata de despojar al capitalismo de todos sus aspectos nocivos, no queremos un capitalismo inclusivo. ¡Necesitamos destruir todas las separaciones que el Capital ha impuesto sobre nosotros! ¡Necesitamos terminar con el capitalismo!

Mientras no exista el nivel de desarrollo de la lucha necesario para ir a por todo, existirá el riesgo de la separación de la revolución del resto de las necesidades. La perspectiva revolucionaria ha dejado su lugar al inmediatismo, al localismo y al conformismo hasta en los compañeros más decididos.

Mientras tanto, debemos poder diferenciar el contenido de nuestras luchas, defender las rupturas revolucionarias que se expresan en ellas.

Toda lucha parte de una necesidad, y toda necesidad contiene su reivindicación y su reforma. Podemos atacar directamente los intereses burgueses, reapropiándonos de mercancías o imponiendo subas salariales que ataquen realmente la tasa de ganancia, podemos destruir sus máquinas y propiedades u ocuparlas y desviar totalmente su uso. Pero podemos también exigirle migajas al Estado, dejarnos cagar por el sindicato, o meternos hasta el cuello en un plan de vivienda en infinitas cuotas.

La revolución es justamente la generalización de todas las reivindicaciones buscando la raíz de nuestros problemas sin dejarnos seducir por los cantos de sirena del Capital.

«Entendemos que no se pueden separar las necesidades humanas inmediatas de la necesidad humana de revolución, o sea, si se separa lo que se necesita ahora (pan, techo) de lo que también se necesitaría ahora (destruir a los opresores y el estado) es porque los políticos y los sindicalistas transforman nuestras reivindicaciones en reformas. En resumen, la Revolución Social por la que bregamos es la generalización de todas las luchas y reivindicaciones que llevamos a cabo los proletarios.» (A modo de presentación. Boletín El Forista nro.1).

Por eso, cuando discutimos acerca de la organización y de la lucha del proletariado no podemos limitarnos nunca a una cuestión de forma organizativa, sino por sobre todo al contenido de las luchas. Para empezar, las formas clásicas de la socialdemocracia para encuadrar a los trabajadores no son reformistas por errores de sus miembros, es su propia naturaleza, es su razón de ser. Por eso estamos contra ellas.

A quien se sienta satisfecho con este sistema de opresión, explotación y muerte lo combatiremos. Y quien quiera reformar la democracia, “humanizar” el capitalismo, conformarse con el “mal menor” o mantener todo igual porque «las cosas son así», la pregunta que nos hacemos —al menos por ahora— no será de ningún interés: **¿Qué sentido tiene usar las formas organizativas del enemigo cuando no se quiere lo mismo que él?** Entendemos que ninguno, porque esas formas organizativas emanan justamente del mundo del Estado y el Capital. Y por otra parte avisamos que no se trata

tanto de querer o no querer, sino de lo que estamos determinados a hacer por lo que somos, porque **como proletarios no es simplemente nuestra conciencia lo que nos opone al Capital, sino nuestra misma existencia**. Porque mayor ganancia para la burguesía significa una peor vida para nosotros, más allá de la conciencia o no que tengamos de ello. Nuestra existencia es contradictoria, somos quienes producimos y reproducimos este sistema día a día, pero también somos los únicos que podemos acabar con él, aboliendo así también nuestra condición de proletarios.

LOS SINDICATOS en su devastadora victoria contra los trabajadores quieren hacernos creer que sindicato y organización de los trabajadores son sinónimos, que no existe nada fuera del sindicato donde los explotados podamos agruparnos y luchar. Pero los sindicatos son una forma específica de (des)organización de los trabajadores, no sólo porque aspiran a representarnos, no sólo porque son máquinas burocráticas, sino también porque quieren seguir manteniendo una sociedad donde haya patrones y trabajadores, Estado y sindicatos. Pueden o no defender a los trabajadores particulares, pero lo que defienden violentamente es el rol que tenemos los trabajadores en esta sociedad, ellos van a luchar hasta el final para que sigamos siendo explotados hasta la muerte, para poder seguir negociando con nuestras vidas ante el político de turno, el empresario o el patrón. Para que sigamos generando ganancias para la burguesía mientras perdemos nuestras vidas tratando de "ganárnosla".

Mientras exista el trabajo jamás habrá suficiente para todos, mientras exista salario jamás será suficiente para todos, mientras exista Estado habrá opresión y mientras exista el dinero habrá explotación. Y el sindicato no es una forma organizativa para destruir todo esto sino para mantenerlo intacto, calmando los odios, canalizando en reforma lo que podría comenzar a convertirse en una lucha revolucionaria.

Eso sí, si los trabajadores renunciamos a luchar, a la revolución, y sólo pretendemos "salvarnos" individualmente despreciando lo colectivo, unas cortas vacaciones en la playa, las cuotas para un auto nuevo o mayor "poder adquisitivo" para comprar las idioteces que nos venden, es en el sindicato donde tenemos un lugar para participar (o la ilusión de ello), así como unos representantes fieles a toda la mentalidad burguesa que pretende que los explotados piensen como sus explotadores, cuando en realidad viven de una manera completamente opuesta a la de ellos.

LOS PARTIDOS tiemblan ante la palabra revolución, han hecho de la reforma un orgullo. Ante la mentira generalizada de que, aún con sus penurias, este es el mejor de los mundos posibles y sólo queda mejorarlo, los partidos políticos se erigen en los posibles mejoradores y sólo bastaría con elegir la mejor opción en cada circo electoral. Desde la socialdemocracia más o menos verborrágica hasta los partidos más reaccionarios coinciden en que la revolución no es necesaria, o quizás solo allí donde aún faltan las tareas democrático–burguesas o la imposición civilizatoria para así finalmente implantar su paraíso capitalista y democrático.

Para los revolucionarios, la cuestión del antiparlamentarismo no ha sido jamás una cuestión ideológica, de principios, sino una conclusión extraída de las experiencias concretas de la realidad. El parlamento, tal como los sindicatos, nunca fue otra cosa que un instrumento de dominación burguesa para mantener al proletariado a raya, atado a la lucha por migajas. No por casualidad son organizaciones que aunque se digan "de los trabajadores" conviven en ellas burgueses y proletarios, y ya sabemos siempre quienes son los que mandan e imponen su línea. Incluso aunque un grupo de explotados forme un partido político está usando las herramientas del enemigo de clase, hablando en su lenguaje y yendo hacia la derrota de nuestra clase; separando entre político y económico, entre lo particular y lo total. La revolución no es un acontecimiento político ¡es social! Destruyendo los encorsetamientos y las mutilaciones que separan nuestras vidas según las categorías de quienes nos dominan.

«El método parlamentario burgués de comportarse en política está estrechamente relacionado con el método burgués de comportarse en economía. El método es: comerciar y negociar. Así como el burgués comercia y negocia mercancías y valores en su vida y oficio, en el mercado y en la feria, en el banco y en la bolsa de valores, también en el parlamento comercia y negocia las sanciones legislativas y medios legales para el dinero y los valores materiales negociados. En el parlamento, los representantes de cada partido intentan extraer tanto como sea posible de la legislatura para sus clientes, su grupo de interés, su "firma". (...) El trabajo principal del parlamento, entonces, no es realizado ni siquiera en las grandes negociaciones parlamentarias, que son sólo una especie de espectáculo, sino en los comités que se reúnen privadamente y sin la máscara de la mentira convenida.» (Otto Rühle, De la Revolución burguesa a la Revolución proletaria. 1924)

* * *

«Sin embargo, con el tiempo vamos aprendiendo que esas mismas actitudes mediocres y reformistas pueden también venir desde otras formas organizativas que no se presentan a sí mismas como partidos o sindicatos, y que incluso hasta pueden llegar a decir que las rechazan.

Es decir, se puede pedir al Estado que cumpla la ley que él mismo dicta y modifica a gusto, que se condene a sí mismo o que, siguiendo la vieja táctica de "el chivo expiatorio", sacrifique algunos de sus miembros para dejar contento a un sector de la población. Aquello se puede convocar tanto desde rígidos mandatos partidistas como desde manifestaciones relativamente espontáneas, cantando solemnemente antiguos himnos (nacionalistas, peronistas, stalinistas) o bailando jovialmente, alegres y a puro color.

También se puede pedir a los capitalistas que sean más justos, que repartan un poquito de lo que tienen, sea inocentemente, desde la falta de posicionamiento o aparateados por unos "jefecitos", sea organizados verticalmente o

desde la ronda de la asamblea.»
(Basta de luchar por migajas. Boletín La Oveja Negra nro.24)

* * *

Hoy generalmente se habla de revolución cuando se habla de la historia en tiempo pasado, en los anuncios publicitarios de una nueva mercancía o en un nuevo descubrimiento científico. Toda la izquierda y los reformistas en general hablan de “cambio”, “transformación”, etc, etc… **Hablar de revolución social según la ideología dominante es anticuado, extremista, ridículo**. Porque es “anticuada” cualquier manera de pensarnos a través del hilo combativo de la historia, es “ridículo” salirse de sus dogmas de comportamiento y es “extremista” cualquiera que no sea un oportunista, quien tenga posiciones firmes e invariantes ante el monstruo capitalista.

Más a tono con esta época es hablar de “REVOLUCIÓN INTERIOR”. Se lo hace desde la auto–ayuda, desde los delirios místicos consumistas que se adquieren en el mercado para reprimir o al menos calmar el dolor que causa esta sociedad antisocial, e incluso en ciertos ámbitos rebeldes. Se habla de “revolución interior” en sintonía con los mandatos de la ideología dominante, es decir: ya no habría revolución social y lo único que queda es hacer pequeñas transformaciones personales para que no cambie nada, ya no habría comunidad por lo cual sólo quedaría abocarse a lo individual. No vamos a ser nosotros quienes desprecien la importancia de los pequeños cuestionamientos entre las personas que generan grandes acontecimientos, pero estos cuestionamientos, estas “tomas de conciencia” surgen de las condiciones materiales de existencia, del sentimiento común y comunitario con los demás, y no desde el repliegue individualista que ve en cada semejante un competidor si no directamente un enemigo. **Nos oponemos, y vamos a denunciar cada vez que podamos que no existen soluciones individuales a problemas sociales, que no existen soluciones particulares a problemas totales.** Y además remarcamos que en momentos de lucha, de insurrección, de organización proletaria, esos cambios personales se dan con más frecuencia, más intensos, más profundos… lo que hace evidente cómo las condiciones materiales de existencia modifican la conciencia, y no al revés. Es decir, no podemos pretender que todas las personas se “revolucionen” interiormente para, ahí sí, revolucionar el mundo; éstos son dos hechos indisociables, complementarios y simultáneos.

En nuestra época también existe otra manera de rechazar la noción de revolución y de ponerla además en un lugar completamente estúpido. Se trata de ese discurso moderno o posmoderno (ya ni sabemos) que dice que es una cosa ya pasada de moda, que se acabaron los grandes discursos, las grandes transformaciones, que ya no hay proletariado ni burguesía sino un sinfín de sujetos sociales, etc, etc, etc… Es un síntoma de estos tiempos y su justificación victoriosa. La única verdad sería que «ya no hay verdades» y su brutal certeza sería que «todo es relativo». Así nos proponen contemplar el mundo

sin revolucionarlo, adaptarnos a él aunque tengamos algunas críticas y disgustos. En fin, otra vez nos proponen escoger una opción dentro de los asquerosos límites del sistema capitalista. Pero de lo que se trata es de hacer saltar por los aires el modo de producción capitalista para destruir toda opresión, toda explotación, toda competencia y todo condicionamiento económico.
Desde los discursos políticos, la publicidad, la televisión o las conversaciones entre esclavos que sólo representan la voz del amo, nos muestran esta realidad como algo ajeno a nosotros mismos y por lo tanto inalterable. Así nos sentimos desdichados pero impotentes, enojados pero resignados, deprimidos y enfermos por el dinero, el trabajo, en fin… por el Capital. ¿Por qué condenarnos a esto? ¿Por qué condenar a toda la humanidad a esto?

La desobediencia a lo establecido, el cuestionamiento de la normalidad capitalista y sobre todo la lucha cuando es social y revolucionaria, nos recuerdan que hay otras posibilidades, que esta mierda que nos imponen no es la única forma de vivir.

1° de mayo internacionalista, anticapitalista y revolucionario.
Rosario, región argentina, 2015.

* * *

«Alguno pensará que "suena muy bien pero es irrealizable", ¡lo que es irrealizable es modificar tímidamente un poquito del sistema! ¡lo que es irrealizable es una revolución parcial, meramente política, económica o cultural, que deje intactos los pilares donde se asienta todo este sistema capitalista!» (Cuando los males llegan…)



¡CONTRA EL CIUDADANISMO, EL NACIONALISMO Y LA SOCIALDEMOCRACIA!

la Democracia es la dictadura del Capital

Amigos de Van der Lubbe

¡POR LA REANUDACIÓN DEL COMBATE DE CLASE INTERNACIONAL E INTERNACIONALISTA!

Los patrones nos quieren

trabajando y trabajando para exprimirnos la mayor ganancia posible

Los sindicatos nos quieren

sumisos para negociar con nuestras cabezas

El Estado nos quiere

reducidos a números en gráficos hechos por imbéciles, así nos reprimen y así nos ajustan

Los partidos nos quieren

votando en época de elecciones y como carne de cañón el resto del año

Las religiones nos quieren

arrodillados, siervos, fieles, como tontos que deben esperar el cielo mientras soportan la explotación en la Tierra

¡Nosotros no queremos más!

Somos el proletariado, es decir: los **explotados** y **oprimidos** de todo el planeta. Quienes tenemos que vender nuestro tiempo y fuerza para vivir, quienes no vivimos de las demás personas. **Nuestra existencia se opone al Capital**, porque a mayor ganancia del capitalista mayor es nuestro sufrimiento. Así nos echan de la chamba, nos acarrean de acá para allá, mandoneándonos, comparándonos con cosas, destruyéndonos en "accidentes de trabajo". **Nos une el trabajo** (lo tengamos o no) y **la imposibilidad de decidir sobre nuestras vidas.** Pero también nos une **ser lo que se opone a las ganancias.** Asumir ese rechazo nos **hace fuertes** y, en muchas ocasiones, en distintas partes del mundo **hemos estallado de rabia: ocupando las calles,** tomando lo que nos niegan, **enfrentando a los guardianes de los ricos**, haciendo **huelga, sabotaje y organizándonos sin partidos ni sindicatos.**

PARA LUCHAR CONTRA EL CAPITALISMO ¡¡HAY QUE LUCHAR TAMBIÉN FUERA Y EN CONTRA DEL SINDICALISMO !!



El sindicato es el mercader de tu fuerza de trabajo ante el burgués, el que pacta con él cuánto vales o cuánto no vales. Así, él recibe su compensación de la patronal, el respeto y solidaridad del gobierno; y de ti, tu ciega aceptación.